

Espinosa Antón, Javier: *Inventores de la paz, soñadores de Europa. Siglo de la Ilustración*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2012.

María Lara Martínez

Universidad a Distancia de Madrid, UDIMA

Hacia 1693 -cuando William Penn se proponía comenzar su *Ensayo para la paz presente y futura de Europa*, relegando a la condición de estatua de bronce o de piedra al hombre incapaz de estremecerse ante las interminables guerras que asolaban Europa-, estaba a punto de finalizar un siglo bélico donde los haya, pues todos los desencuentros entre dinastías, parlamentos y credos se habían dirimido por las armas. Lamentablemente este proceder era contemplado como el más natural de los recursos para solucionar las disensiones.

No obstante, en el último tercio del XVII, el *Tratado teológico-político* (1670) de Spinoza o los *Dos tratados sobre el gobierno* (1689) de Locke reflejaban el avance de la tolerancia, pues si bien desde un punto de vista cronológico se ha tendido a fijar el comienzo de la Ilustración en 1700, los elementos identitarios del movimiento pueden ser rastreados en toda su radicalidad en la segunda parte de la centuria que venía a concluir en dicha fecha.

En la obra que reseñamos, el Profesor Espinosa nos ofrece un minucioso recorrido por las invitaciones irenistas compuestas a lo largo del XVIII, desde el proyecto del abad de Saint-Pierre (1713) hasta el ensayo de Kant sobre la paz perpetua (1795), pasando por los epítomes de una veintena de visionarios-materialistas y creyentes, cuáqueros y deístas- que abogaron por la avenencia frente al hastío de la contienda.

Se inicia la genealogía de los alegatos de paz en la Edad Moderna mentando al universal Erasmo, que ya en el siglo XVI dedicara tres libros al tema: *Querela Pacis*, *De bello turcis inferendo* y *Precatio pro pace ecclesiae*, en tanto en cuanto el humanista de Rotterdam estimaba que la dignidad, la racionalidad y la amistad que le eran naturales a los individuos no concordaban con la lucha. Prosigue la investigación con las disquisiciones en torno a la “guerra justa” efectuadas por Francisco de Vitoria y la denominada “Escuela Española de la Paz”, con Melchor Cano, Luis de Molina y Francisco Suárez al frente, para desembocar en el eje que vertebra la obra, el siglo de las Luces, donde los planteamientos cosmopolitas que refrendaban la nueva fundamentación moral se encontraron con la desconfianza que alimentó el parecer de Rousseau ante la pretendida filantropía del viaje.

Y es que también la guerra tuvo sus valedores en el pensamiento ilustrado. Sin ir más lejos, el escocés Henry Home decía no considerar provechosas ni la

conflagración ni la paz perpetuas ya que, a su juicio, el mayor beneficio para las naciones dimanaba de la alternancia de períodos de uno y otro signo.

Lo curioso es que, a la vez que se reflexionaba sobre la paz, empezamos a ver dibujado en los libros del XVIII el esbozo de la construcción europea. En la “oceanía de papeles” que era el cuarto del viajero Leibniz, también hallaba cabida su noble propósito de entrelazar el orbe con una suerte de red académica, la cual facilitaría el intercambio entre las culturas más avanzadas (especialmente la europea y la china). No en vano estaba convencido de que la “república de los conocimientos” redundaría en el bienestar de todos. A su vez, Montesquieu cifraba la ruina de Europa en esa pestilente enfermedad que incitaba a las viejas potencias a sentir un desenfadado deseo de tropas. Sin un ápice de censura, diagnosticaba con ironía que “*a fuerza de tener soldados, seremos como los tártaros*”.

Tal vez, como el Profesor Espinosa sugiere desde el propio título del libro, la paz perpetua no dejara de ser -en esas décadas que preconizaban el ocaso del Antiguo Régimen- una quimera únicamente al alcance de las elucubraciones de los filósofos. Pero no por su carácter utópico hemos de obviar el compromiso que estos intelectuales representan, al situar en la comunidad de intereses el *leitmotiv* de la unidad europea con sus diversas vertientes (más allá de la económica): corporación de sabios, escritores y artistas, conjunto de leyes y derechos, legado de hábitos y valores morales...

Más Ilustración y menos fanatismo reclamaba Voltaire en la sátira *La paz perpetua por el doctor Buen-corazón* (1769). Sólo cuando se destruyeran los dogmas que dividían a los hombres y se restableciera la verdad que los reunía, sólo entonces, cuando todo el pueblo fuera ilustrado, la Dieta europea podría mostrar su eficacia en la resolución de las controversias.

Mientras, el espíritu conciliador -el mismo que llevó a Saint-Pierre a pedir en su confirmación ser rebautizado con el nombre de Irénée- iría ganando correligionarios y, finalmente, la suma de voluntades abriría surcos de raciocinio en el erial de tiranía donde, por desventura, la arbitrariedad de la guerra amenazaba a la diplomacia de la palabra.